

teriales de las naciones, pudiendo en verdad afirmarse que el grado de perfección intelectual, moral y social de los pueblos es mayor ó menor según que los hombres participen más ó menos del Pan eucarístico. Si las sociedades, pues, quieren caminar á la cúspide del verdadero progreso, encontrarán la base en la sagrada Eucaristía; así como el apartamiento de este divinísimo y augustísimo Sacramento en la causa principal de todas las aberraciones y trastornos de las sociedades contemporáneas.

Y porque nadie nos tache de exagerados en cuanto dejamos dicho, no pondremos fin á este capítulo sin recordar que Cristo nuestro Señor es el *Cordero de Dios* inmolado en la cruz por todos los hombres, y que cuando nosotros los cristianos nos acercamos á la sagrada mesa eucarística, nos alimentamos real y verdaderamente del mismo *Cordero divino*, fuente inexhausta de méritos y de gracias, que nos son aplicadas á cada uno, según nuestras mayores ó menores disposiciones, para sublimarnos y hacernos felices cuanto es posible á humanas criaturas en tiempo y eternidad. ¡Bendito y alabado sea una y mil veces el Santísimo y divinísimo Sacramento del Altar!

LA EUCARISTIA COMO SACRIFICIO

CAPÍTULO XXIII

Necesidad y naturaleza del Sacrificio Eucarístico.

1. El Corazón de Jesús sacramentado atrae á sí todas las cosas.—2. ¿De qué manera?

REFIERÉSE en el santo Evangelio, según San Juan, que nuestro Señor Jesucristo, queriendo mostrar á los judíos de qué manera había de morir, les dijo: *Si yo fuere alzado de la tierra todo lo atraeré á mí mismo* (Joann., XII, 32). Ellos, entendiendo que hablaba de su muerte en la cruz, le respondieron: «Nosotros sabemos por las Escrituras (Daniel, VII, 14) que Cristo permanece siempre, y que ha de vivir y reinar eternamente: ¿cómo puede ser que el Hijo del Hombre sea elevado en la cruz y muerto en ella?» ¡Oh! Aquellas pobres gentes no podían comprender cómo Jesucristo, después de morir crucificado, había de vivir y reinar, y permanecer para siempre en la Eucaristía, atrayendo á sí todas las cosas del universo.

Hay—dijo San Agustín (*De civit.*, libro XXI, cap. IV)—en los confines de la India oriental algunas rocas con tal fuerza magnética, que atraen á las naves si en ellas hay mucho hierro: sea de esto lo que fuere, es lo cierto que en el orden sobrenatural nosotros tenemos en el CORAZÓN SACRATÍSIMO DE JESÚS SACRAMENTADO un poderoso imán que por modo invisible atrae á sí todas las cosas existentes. *Atrajo las miradas del Eterno Padre*, quien por atención al santísimo Sacrificio ofrecido en la cruz y renovado sin cesar en nuestros altares, perdona á los hombres y les devuelve su amistad, prometiéndoles el reino de los cielos. *Atrajo á los ángeles buenos*, cuyo regocijo es grande en torno del altar, considerando que el divino Corazón, humillado en la Santa Eucaristía, reparó con creces

la ruina causada por los ángeles rebeldes. *Atrajo al infierno*, ó sea al seno de Abraham y al purgatorio, de cuyos lugares saca misericordiosamente las almas, llevándose cautiva la cautividad. *Atrajo á los cielos*, al sol y á la luna, que, asombrados ante la apertura del Corazón deífico, negaron su luz á la tierra, como indigna de ella. *Atrajo al aire*, quedándole como envuelto por la compasión en densísimas tinieblas. *Atrajo á toda la tierra*, que se conmovió sobremedida, como estremeciéndose por la vehemencia del dolor. *Atrajo á todas las criaturas*, que quedaron como horrorizadas ante el deicidio del Gólgota, ofreciéndose á pelear contra los judíos cristicidas, y á dispesarlos por todas las naciones. *Atrajo*, finalmente, y por modo especial y suavísimo, *á los corazones de todos los cristianos*, ya con su ejemplo y doctrina, ya con el mérito y precio de su sangre derramada, ya con el grandioso é inaudito cúmulo de sus gracias y sus dones, ya con el imán irresistible de su dulce é infinito amor, ya, sobre todo, con la portentosa maravilla de dársenos en el alimento espiritual para unirnos á sí propio con lazo inefable de eterna dilección.

Tal es el Corazón sacratísimo de Jesús en el Santísimo Sacramento, y tal el sacrificio de nuestros altares, que ahora intentamos declarar. Dos cosas importa esclarecer de antemano:

- 1.^a La necesidad del sacrificio eucarístico.
- 2.^a La naturaleza del mismo.

§ I

INDÍCASE LA NECESIDAD DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

3. Siempre fueron necesarios los sacrificios.—4. Aun suponiendo al hombre inocente.—5. Mucho más siendo pecador.—6. Sacrificios de la Ley antigua.—7. Fueron sustituidos por el del Calvario.—8. Todos los sacrificios se incluyen en el de la Eucaristía.

Dios está presente en la sagrada Eucaristía; y al quedar sentada y comprobada esta verdad, hemos dejado vislumbrar dos misterios que la completan y que reclaman toda nuestra atención. El primero es el *Sacrificio eucarístico*, necesario á la vida cristiana, como el respirar á nuestros pulmones; el segundo la *sagrada Comunión*, de que luego hablaremos.

3. En todos tiempos y en todas las religiones, sean verdaderas

ó falsas, fueron necesarios los sacrificios (1), y este es un hecho que muestra la historia, sin que haya lugar á dudas; pudiendo en verdad decirse que es el acto religioso por excelencia. La naturaleza le intima, Dios le exige y no hay medio de eludirle, si hemos de reconocer, como es debido, los supremos derechos del Señor y nuestra dependencia absoluta de El.

En el orden de los seres, Dios lo es todo, el hombre nada; la creación es un acto libérrimo del Señor, y sólo á El pertenece sacar de la nada las criaturas. El es dueño absoluto de nosotros, puesto que nos dió el ser por pura bondad y largueza; por consiguiente, todo cuanto poseemos es dádiva gratuita suya, y puede á su voluntad despojarnos de ello. ¿Hay cosa más justa, más razonable ni más necesaria, que el hombre reconozca y confiese este supremo dominio de Dios y su dependencia de El? Pero ¿de qué modo hacerlo más propia y adecuadamente que con el sacrificio?

4. El sacrificio en sí mismo es *una ofrenda que hacemos á Dios solo, como en protestación solemne de que reconocemos su dominio supremo sobre nosotros y sobre todas nuestras cosas*. «¿En qué mejor forma—dice el P. Monsabré (Conf. LXX)—podría yo hacer constar esto, que consagrándole y sacrificando en honra suya algo que represente y haga las veces de mi propia vida?... Yo escogeré la víctima de entre aquellos seres destinados á mi servicio y nutrición, y, por profana que sea, yo la consagraré imponiéndole mis manos, como para inocularle mi vida, y diré: «Tú eres mía en el grado en que puedo hacerte mía; mas tú no eres para mí; sé para Dios. (Sacrificio esto...)—*Adora* con tu destrucción al Principio y Fuente del ser; sea esto en *acción de gracias* por todos sus beneficios; sirva esta ofrenda para implorar la piedad de Aquel que puede aniquilarme.—*Adoración, acción de gracias, impetración* elevada á su más alta potencia: he aquí los elementos del sacrificio del hombre inocente.»

5. Ahora bien; si esto exige de suyo la razón tratándose del hombre en el estado de inocencia que ya no existe, ¡cuánto más necesario será el sacrificio cuando la justicia divina reclama satisfacción condigna del hombre pecador! Al prevaricar éste, mereció ser destruido; perdonarle, por tanto, es darle de nuevo la vida, y no sólo la del cuerpo, sino también la del alma. He aquí por qué, después del pecado, siempre, ha habido sacrificios, en to-

(1) In nullum nomen religionis, seu verum, seu falsum, eoadunari homines possunt, nisi aliquo sacrificiorum et sacramentorum visibilibus consortio colligentur. (S. August., lib. XIX, *Contra Faustum*.)

dos los tiempos; en todas las naciones y por toda suerte de personas. Abel, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Melquisedec, los hebreos, ya en Egipto, ya en el desierto, ya en la tierra prometida, ofrecieron sacrificios, como una necesidad verdadera para tributar adoración y homenaje á Dios, para darle gracias, para obtener favores, y muy principalmente para *expiar los pecados*.

6. En la Ley antigua, figura de la Nueva, usaron los hombres tres especies de sacrificios: el *holocausto*, el *pacífico* y el de *expiación*. El sacrificio de *holocausto* era ofrecido únicamente para alabar y adorar la altísima y santísima majestad de Dios, reconociendo su dominio supremo en todas las cosas; por eso la víctima era consumida enteramente por el fuego. El sacrificio de *hostia pacífica* se ofrecía para dar gracias al Señor por los beneficios recibidos, é implorar otros nuevos para lo por venir, ya para las personas particulares, ó ya para las naciones. El sacrificio de *expiación* se empleaba para obtener el perdón de los pecados.

Hallábase en la mente de todos que el pecado merece castigo y exige *expiación* verdadera, siendo la muerte del culpable la pena impuesta por Dios; mas como el hombre no es dueño de su vida, y Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, por eso el Señor quiso que le fueran inmolados animales, y que *sin la efusión de sangre*—como dijo San Pablo (Hebr., IX, 22)—*no hubiera perdón*.

La razón misma parece apoyar esta idea, porque la sangre es lo más precioso que hay en el cuerpo del hombre; quitada la sangre, desaparece la vida corporal. Cuando ella circula, el corazón recibe su movimiento, el cerebro su actividad, las facultades anímicas su energía, y todo el organismo físico ejercita sus fuerzas y su vigor. Por otra parte, la sangre es por su influencia una ocasión material de muchos excesos, y no es maravilla que ante la justicia divina, la vida del alma, perdida por el pecado, sea recobrada á precio de sangre.

7. De todos modos, siendo la Ley antigua imperfecta, sus sacrificios también lo eran; siendo figura, tenían que desaparecer ante la realidad, y como la realidad en la Ley Evangélica es *Jesús crucificado*, por eso, como dijo San Pablo á los Hebreos, *son insuficientes ya aquellos sacrificios*, y quedaron abolidos y sustituidos por el único sacrificio digno de Dios, por el santo sacrificio del Calvario (1). Este sacrificio vino á sustituir todos los antiguos, y

(1) Impossibile est sanguine taurorum et hircorum auferri peccata. (Hebr., X, 4.)

es infinitamente superior á ellos; y si las víctimas de entonces agradaron al Señor, fué esto en cuanto figuraban el sacrificio único y verdadero de nuestro Señor Jesucristo. Es decir, que después de la venida del Mesías todos los demás sacrificios desagradaron á Dios y cesaron; y por eso San Pablo, valiéndose de las palabras del Rey Profeta, dijo á los Hebreos: *El Hijo, entrando en el mundo, dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste ¡oh Padre mio! mas me apropiasto cuerpo. Holocaustos por el pecado no te agradaron. Entonces dije: Heme aquí, que vengo para hacer ¡oh Dios! tu voluntad: quita lo primero para establecer lo segundo.* (Hebr., X, 5-6-9.)

8. Con efecto, así fué. Jesucristo, engendrado eternamente por Dios en cuanto al Verbo, y nacido de mujer en el tiempo, recibió la unción sacerdotal en el momento mismo en que se desposaron sus dos naturalezas; y desde entonces Él fué la Víctima única que sustituyó á los antiguos holocaustos impotentes para satisfacer á la Majestad suprema y á la rigurosa justicia de Dios. Su vida vino á ser la vicegerente de la nuestra y la portadora de nuestras iniquidades. Ella se ha visto herida por nosotros, ella ha sufrido por nosotros, ella ha muerto por nosotros, y, al morir, dijo: «Toma lo que te pertenece.» ¡Qué inagotable tesoro de adoración, de acción de gracias, de impetración y expiación hay en la sacrosanta destrucción de esta vida divina! Ya no hay necesidad de más víctimas. Cristo, con una sola ofrenda, dió para siempre la última mano á nuestra santificación (1). Así, pues, el *sacrificio* y la *oración* forman el conjunto de nuestras relaciones de dependencia para con Dios. La *oración* la expresa por palabras; el *sacrificio* por obras (2); y obras y palabras se encuentran en la santa Misa, sacrificio de los sacrificios, ante el cual desaparecen todos, como desaparecen las estrellas ante el sol del mediodía. Veamos ahora en qué consiste este admirable, grandioso y augusto sacrificio.

(1) Una oblatione in sempiternum consummavit sanctificatos. (Hebr., X, 14.)

(2) Véase S. Thom., 2.^a 2.^{ae}, q. 65, a. 1.

§ II

DECLÁRASE LA NATURALEZA DEL SACRIFICIO EUCARÍSTICO

9. Qué cosa sea la Santa Misa. Es un sacrificio.—10. Cuatro cosas que en él se encuentran.—11. Primera Víctima ofrecida.—12. Ofrecida á Dios.—13. Ofrecida por ministro legítimo.—14. Víctima inmolada.—15. Víctima entregada á los hombres.—16. Semejanzas y diferencias entre el sacrificio del altar y el Calvario.—17. Resumen y conclusión.

«El santo sacrificio de la Misa —dijo San Buenaventura (*Com. Theol. Vir.*, lib. VI, cap. XIII)—está tan lleno de misterios como el mar de gotas, como el sol de átomos, como el firmamento de estrellas, como el cielo empujado de ángeles. ¡Tanta es su magnificencia y sublimidad, que no sabemos cómo hablar de él, ni cómo comenzar! Sin embargo, decir algo es preciso, considerar su grandeza necesario, sus frutos debemos conocerlos, y muy principalmente el modo con que podemos hacer nuestro tan rico é infinito tesoro.

9. ¿Qué cosa es Misa? ¿Qué entendemos por el sacrificio eucarístico?—*Es*—dice nuestro Ripalda—*un sacrificio que se hace de Cristo y una representación de su vida y muerte.*

Realmente es un *sacrificio* que reúne todas las condiciones de tal; *sacrificio* por excelencia, profetizado por Malaquías (I, 10) y transmitido de siglo en siglo por la voz augusta de la Tradición; *sacrificio* por el cual es perfectamente magnificado en todo lugar el nombre del Señor, y que exige un sacerdocio más noble y elevado que el Aaronita de la antigua Ley (1); *sacrificio* enseñado siempre por la Teología católica, bastando citar á Santo Tomás de Aquino, que dice así: «La Eucaristía no sólo es *Sacramento*, sino también *sacrificio*. En cuanto es *Sacramento*, produce su efecto en todo el que le reciba con buena conciencia; mas en cuanto es *sacrificio*, se extiende su provecho también á aquellos por quienes se ofrece, aunque no se hallen actualmente en estado de gracia, pues les borra los pecados mortales, no como causa próxima, sino en cuanto impetra para ellos la gracia de la contrición (2).» *Sacrificio*, en fin, que es un dogma de nuestra fe, pues el santo Concilio de Trento respondió á las blasfe-

(1) S. Justino, *Dialog. cum Tripitone*, n. 41; y Euseb., lib. *De demonstrat. Evangel.*

(2) S. Thom., IV sent., dist. 12, q. 2 ad 4.

mias de la herejía con los siguientes anatemas: *Si alguno dijere que en la Misa no se ofrece á Dios un verdadero y propio sacrificio, ó que esta oblación consiste únicamente en dársenos á Jesucristo como alimento, sea excomulgado.*—*Si alguno dijere que con estas palabras: HACED ESTO EN MEMORIA DE MÍ, Jesucristo no instituyó á sus Apóstoles sacerdotes, ó no ordenó que así estos como otros sacerdotes ofreciesen su Cuerpo y su Sangre, ser excomulgado.* (Sess. 22, cap. IX, c. 1-2.)

10. Queda, pues, mostrado que el *Sacramento eucarístico* es la reproducción del *sacrificio* que de sí mismo hizo Jesucristo sobre la Cruz; y por consiguiente que en él, lo mismo que en el Calvario, hay una *Víctima exterior ofrecida á Dios*: Jesucristo.—Una *Víctima ofrecida por un sacerdote*: Jesucristo, ofreciéndose á sí mismo.—Una *Víctima inmolada*: Jesucristo que voluntariamente se inmoló.—Una *Víctima entregada á los hombres*: Jesucristo entregado á nosotros: Todo esto requiere amplia explicación, y vamos á darla con la mayor sencillez posible.

11. VÍCTIMA OFRECIDA.—Sobre el altar donde se realiza el sacrificio hay una *Víctima exterior*, ó sea la substancia del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo, oculta bajo las apariencias de pan y de vino. La *Víctima* propiamente dicha no son las especies sacramentales que se ven, sino Jesucristo mismo, que no se ve, así como en los cuerpos materiales vemos sus accidentes, quedando oculta la substancia. Es Dios, que quiere hacérsenos visible por la fe, con grande merecimiento nuestro. ¡Oh misterio inefable de todo un Dios hecho hombre!

12. VÍCTIMA OFRECIDA Á DIOS.—Pero hemos dicho que la *Víctima* sagrada del altar *se ofrece á Dios sólo*, y el santo Concilio de Trento (sess. 22, cap. I y c. 2) nos enseña que la Misa comprende plenisimamente los fines de todos los sacrificios; es decir, que es un sacrificio *latréutico* (holocausto) para reconocer el supremo dominio de Dios y la independencia del hombre. Por eso Jesucristo en la Misa se ofrece al Eterno Padre como anonadado y cual si estuviera muerto. Este es el fin principal.

Es además un sacrificio *eucarístico*, ó sea de *alabanza y acción de gracias*, fin intimamente enlazado con el anterior; pues si Dios nos ha dado la vida y continuamente nos prodiga multitud de beneficios, ¿qué cosa más racional y más necesaria que mostrarle agradecimiento y darle culto como á Dios?

Es sacrificio *expiatorio* para implorar el perdón de nuestros pecados; fin ciertamente secundario, pero que en el estado presente de nuestra vida es de suma importancia.